

el conocimiento de nuestra santa religion, exponiendo claramente las doctrinas católicas y redoblando sus exhortaciones, valiéndose para ello de la palabra y de la prensa. A fin de que esto sea mas eficaz, quiere que aprovechen la ayuda del clero instruido para que trabaje bajo su direccion, y de los seglares notables por su ciencia, patriotismo y religiosidad, Estas tres cosas reunidas los harán soldados valerosos y resueltos. El Papa, pues, organiza todas sus fuerzas católicas, Obispos, clero y pueblo, y para que esta union sea mas íntima, la estrecha con el lazo de la religion, recomendando eficazmente la Orden tercera de San Francisco, cuyo espíritu es enteramente contrario al espíritu masónico. Contra un ejército organizado en las tinieblas, prepara otro ejército organizado á la luz del día. ¡Ojalá todos escuchen fielmente la voz de mando de este prudente y avisado General! La batalla será ruda; pero su éxito no será dudoso.

Otro de los remedios es organizar asociaciones de obreros, quienes por su falta de instruccion y su posicion humilde, están mas expuestos que nadie á las asechanzas y engaños de la impía secta. Quiere que sean como un cuerpo de reserva á las órdenes de los Obispos; que trabajen al amparo de la religion, que se asocien para la prosperidad de sus intereses y buenas costumbres, pues de este modo la masonería y su ahijada la *Internacional* no tendrán donde reclutar sus adeptos, que hoy se hallan principalmente en los talleres. Preciso es organizar estas sociedades obreras de socorros mútuos, que sean una verdad; pues las clases

proletarias y necesitadas no sucumben á los halagos y seducciones por malicia, sino por falta de recursos. Que el obrero tenga para cubrir sus necesidades, y no será mason, ni comunista, ni revoltoso. Las masas trabajadoras son siempre honradas.

Otro de los remedios que el Papa recomienda con el mayor interés y encarecimiento, es la educacion católica de la juventud. En esta parte es donde la masonería trabaja con empeño para apoderarse de la enseñanza, y por eso en esta parte es donde los católicos han de desplegar mayor celo, actividad y constancia. La instruccion pública es la esperanza del porvenir: si se quiere un siglo masónico, déjese la enseñanza en manos de estos; si se quiere un siglo católico, hagamos lo posible por hacerla nuestra. De nuestra diligencia pende la suerte de las generaciones futuras: grande será nuestra responsabilidad si las dejamos perderse por culpa nuestra.

Estos medios que propone el Papa tienen un carácter general, una aplicacion á toda Europa y una importancia capital. Para que estos medios produzcan los favorables resultados que de ellos se esperan, la Sagrada Congregacion de la Inquisicion ha enviado á los Obispos todos del orbe católico sus instrucciones que al mismo tiempo que explican la mente de su Santidad, añaden otros varios medios para dirigir la accion de los Obispos al objeto apetecido.

### Nuestros deberes.

Supuesto que el Papa ha señalado los remedios oportunos para oponernos á los progresos de la Masonería, deber nuestro es, por nuestra parte, cooperar cada uno segun sus fuerzas, su posicion y sus circunstancias, á hacer eficaces las recomendaciones del Papa. Para esto debemos esforzarnos en realizar lo que él dice, sin miramientos ó consideracion á personas, sino de buena voluntad.

Segun esto, será nuestro deber no crear dificultades directas ni indirectas á lo que él propone, sea por nuestra apatía, sea por tergiversaciones de sus palabras, sea por interpretaciones sofisticas que puedan favorecer, aunque sea remotamente, tal ó cual solucion política que nos agrada. Esto seria una mira bien pequeña, que no debe tenerse presente, cuando se trata de intereses tan grandes.

En primer lugar, como ya hemos indicado arriba, hemos de unir nuestros esfuerzos bajo la direccion de los Obispos contra el enemigo comun. Traigamos todos nuestro contingente para el triunfo de la buena causa; unos la influencia y posicion, otros su talento, otros su pluma, otros su riqueza, otros sus consejos, y los que no tengan mas, sus oraciones. No permanezcamos en la indolencia y apatía de costumbre, dejando que los demás hagan lo que nosotros debemos hacer. En esta lucha todos tenemos que ser soldados en *activo servicio*: movámonos, demos señales de vida y

probemos al mundo con hechos, y no solo con palabras que nos importan muy de veras los intereses sagrados de nuestra pátria y de nuestra religion.

En segundo lugar, los buenos católicos deben cortar en cuanto sea posible y lo permitan sus circunstancias, toda clase de relaciones con los que sean tenidos por masones. Hoy se necesita bien clara la *patente de catolicismo*. Los masones forman una sociedad secreta, una sociedad dentro de la sociedad, un Estado aparte dentro del Estado: dejémoslos, pues, abandonados á sí mismos, ya que ellos lo quieren, y no permitamos que medren y prosperen á costa de los buenos. Los católicos debemos comprar nuestros vestidos y nuestros alimentos en las tiendas de los católicos, debemos encargarnos nuestros quehaceres á los obreros y artistas católicos, debemos buscar para nuestro servicio personal y para nuestros negocios, sirvientes católicos, y, en una palabra, debemos proteger eficazmente todo lo que sea católico, dejando á todos los demás abandonados á sus propias fuerzas. Veremos entonces quien vence sin mas que tomar nosotros esta actitud. Bien fácil es todo esto si se quiere hacer, y aunque costara algun pequeño sacrificio, debiera hacerse.

Esta alianza tácita y trascendental de los católicos, los haria fuertes é invencibles para todo. Unámonos estrechamente con esta decision, y bien pronto serán nuestras las cátedras, las escuelas, las universidades, la prensa, las posiciones oficiales, y hasta los sillones ministeriales.

Otro de los deberes importantísimos de los católi-

cos es atender á las elecciones de personas que han de ejercer cargos públicos. En esta parte seamos muy solícitos, y no permanezcamos en un retraimiento é indiferentismo, siempre fatal para nuestra causa. Debemos elegir siempre, y en todo caso, á los candidatos católicos, sin atender á su color político, sino solo á su religiosidad. Jamás sacrifiquemos nuestro voto á un vil temor, á un vil interés y á una esperanza incierta y engañosa que nunca se cumple. No hemos de ir á votar mirándonos á nosotros mismos, sino mirando al bien público. Si alguna vez hay que sufrir algo, tengamos valor, sabiendo que Dios nos lo recompensará, por otra parte en esta vida, y en todo caso nos dará el premio, que nunca falta, en la futura.

Por último, los católicos están obligados á cooperar con los Obispos en la gran obra que van á emprender para bien de la Iglesia y de la sociedad. Debe hacerse una gran propaganda del bien en todas las esferas de la vida, como se hace la propaganda del mal. Debemos trabajar por inocular nuestro espíritu en las artes, en la literatura y hasta en los espectáculos profanos, para moralizarlos. Debemos, en una palabra, llevar la direccion de todo, porque somos la mayoría, porque somos los mas fuertes, y sobre todo, porque tenemos la razon.

Finalmente, para que el triunfo de los principios católicos sea un hecho, hemos de contribuir á él con nuestros recursos. Debemos favorecer, proteger y estimular toda obra católica, toda institucion piadosa, benéfica, científica, y literaria. Hemos llegado á tiem-

pos en que es preciso destinar *un presupuesto fijo, segun nuestros recursos, para defender nuestro catolicismo.* Grande será delante de Dios la responsabilidad de los que emplean grandes sumas en cosas superfluas ó en vanidades, y dejan perecer por falta de recursos toda buena obra ó empresa católica. La religion es una necesidad del alma, como el alimento y el vestido lo son del cuerpo. Si tenemos fé, probémosla con obras; seamos generosos y desprendidos, manifestando al mundo que no somos católicos solo de palabra. Esto es lo mas interesante, porque, vergonzoso es decirlo, todos aplauden lo bueno, pero son muy pocos los que se hallan dispuestos á sacrificar un céntimo para sostenerlo.

Todo lo impío florece; todo lo católico arrastra una existencia lánguida, y al fin decae. No es difícil adivinar la causa. A cualquiera indigna la conducta de ciertos hombres que se contentan con lamentaciones estériles, y exclamaciones farisáicas. *¡Señor, Señor,* dicen, *á donde vamos á parar!* Y como si con esto hubieran hecho bastante por su parte, se marchan tranquilos al paseo, ó al café ó al teatro.

Recuerden estos desdichados que el castigo de los *cobardes* será igual que el de los incrédulos y malditos. *TIMIDIS et incredulis et execratis...pars illorum erit in stagno ardenti.* (Apoc. XXI, 8). Abandonar la fé indefensa á ataques de los enemigos, y dejarles impasibles continuar su obra demoleadora, es casi lo mismo que negarla. Bien sabida es la suerte reservada á los tibios, que con su apatía dejan obrar á los impíos. *Scio opera tua,* oiremos de boca de Nuestro Se-

ñor Jesucristo, como el antiguo Obispo de Loadicea, *quia neque frigidus es neque calidus*. Palabras terribles que pueden tener una gran aplicacion en nuestros días, y añade: *Utinam frigidus esses aut calidus; sed quia tepidus es, et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo*. (Apoc. III, 15). Sí; los apartará de sí con repugnancia. Ni Dios ni los hombres gustan de términos medios, ni se complacen de aquellos que quieren nadar entre dos aguas. Es preciso decidirse por un partido ú otro: es preciso rechazar la indiferencia y tibieza.

Que todos aquellos á quienes interesa, escuchen con docilidad las palabras del Papa. El peligro es grave, puesto que la voz de alarma es tan resonante.

Que nuestra union sea fecunda, que las incesantes recomendaciones de Leon XIII se cumplan en todas sus partes, moviendo á los católicos á que den pruebas de tales.

Unamos nuestros esfuerzos, procediendo de acuerdo contra el enemigo comun. *Obras y oraciones*, tal es nuestro programa. Así habremos cumplido nuestro deber, y todavía veremos lucir días mejores, en que entonemos con regocijo el himno de la victoria. Grande será nuestra gloria de haber contribuido á ella derrotando á nuestros enemigos, y logrando así la salvacion de muchas almas. La salvacion de una sola alma asegura una corona en el cielo.

Entonces, nuestro divino Salvador cumplirá sus inefables promesas: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo*.

FIN DEL PAPA Y LAS LOGIAS.

